

La economía y los economistas: Las palabras y los hombres*.

Jairo Sánchez Acosta

Profesor Asistente y Director de la Carrera de Economía en la Universidad Nacional de Colombia.

“Con el peor programa del mundo, Platón podría haber dado un insuperable curso de filosofía en Uganda; así como de inverso modo, un programa de filosofía concebido por Platón se achicaría automáticamente hasta la exacta estatura del profesor de esa desdichada región”¹.

Así, con esta cruda sentencia concluía el profesor Sabato su crítica al por él denominado “fetichismo del programa”. Podríamos pensar pues, que el profesor Sabato condenaría la preocupación de esta reunión de Economistas en torno a la relevancia de discutir sobre el denominado p \acute{e} nsum o programa. En parte sí. Tenemos, especialmente los colombianos, la pernicioso tendencia a conferir un exagerado valor a las palabras. Porque indudablemente detrás del fetiche del programa está el fetiche de la palabra. Y muy especialmente el fetiche de la palabra escrita, contra el que nos han puesto en guardia en repetidas ocasiones varios pensadores y literatos entre ellos nuestro nobel de literatura García Márquez.

Somos pues, incorregiblemente nominalistas. Y tal vez este es el punto crítico, de muchos males nacionales, entre ellos, por ejemplo, del desbarajuste e inoperancia de todo nuestro sistema jurídico. Recuerdo, a propósito, que hace poco tiempo en el último Simposio del Mercado de Capitales que se ocupó muy especialmente de las reformas al marco jurídico institucional del sector financiero, discutidas a raíz de sus abusos y desmanes que todos observamos y soportamos impávidos, un ilustre ponente, el jurista Carlos Esteban Jaramillo, me observaba que en varios países del Africa, supuestamente más atrasados cultural y

* Ponencia presentada en la Comisión de Pensum y Desarrollo Académico del IX Congreso Nacional de Economistas, Cartagena, Octubre de 1984.

1. Ernesto Sábato, “Sobre algunos Males de la Educación” en *Apologías y Rechazos*, Seix Barral, 1979, p. 90.

económicamente que el nuestro, existían sistemas jurídicos y legales enormemente más simplificados, descomplicados y breves y que funcionaban incomparablemente mejor, más eficientes y más justos que el que nosotros tenemos que soportar. Por que ciertamente en nuestro glorioso "país de la leyes" que ha llegado a imprimir una enorme colección legislativa sobre todo lo divino y lo humano, no priman las concepciones sino las palabras.

Las palabras parecen cobrar fuerza mágica y por eso ocupan toda nuestra atención. Por eso no debe extrañarnos lo que sucedió con el sector financiero recientemente. Como acertadamente concluía el doctor Jaramillo, no fue que las circunstancias rebasaran el marco de la legislación bancaria de 1923, sino más bien que "los principios orientadores de la ley 45 fueron paulatinamente desnaturalizados... Los males atribuibles a la Ley 45 radican en la equivocada interpretación de que fue objeto y no en la concepción de sus mandatos"².

Así, imbuidos por ese nominalísimo desnaturalizador, todos los congresos y reuniones de las más diversas disciplinas y profesiones consideran relevante hablar del pensum. Es él un objeto mágico, el fetiche, cuya invocación supuestamente nos liberaría de muchos males y desviaciones y nos colocaría en la senda de la felicidad y del "progreso". ¿Pero cuáles son los males y las desviaciones? ¿Qué sería el progreso? En suma ¿Cuál es el problema y cuál la concepción que de él tenemos?.

Para muchos se trata de un aburrido y recurrente tema de discusión que está siempre presente en todas las reuniones de la naturaleza de la que hoy nos congrega. Para otros se tiene la percepción de que en el famoso p^énsum o currículo existe algún problema, no identificado claramente, pero que de todas maneras se arreglaría mediante el simple expediente de inventarnos unas nuevas materias, de reordenar las que existen, o simplemente de aumentar y modificar los prerrequisitos de algunas asignaturas. O en el mejor de los casos se trataría de "actualizar" el plan e incluir en él la lectura de algunos nuevos o viejos autores y textos, o de adaptarlo a las supuestas necesidades del mercado laboral de una profesión cuyos objetivos y ubicación ocupacional no son muy claros. Pero, cómo y para qué debemos educar a un economista? O mejor cómo y para qué debemos

2. Carlos E. Jaramillo, "Marco Jurídico Institucional del sector: Antecedentes Situación y Alternativas" en *El Sector Financiero Estructura Desarrollo y Perspectiva*. ASOBANCARIA, 1983, p. 43.

educar y formar a un hombre que va a recibir el título de economista? O simplemente cualquier otro título? Y no se crea que la diferencia entre formar a un economista, y formar a un hombre que se recibirá en alguna disciplina o profesión, por sutil que parezca es poco importante. No. Eso es precisamente lo importante. Eso es lo que recurrentemente se nos ha olvidado cuando hablamos de este tema. Por eso antes de hablar del pensum, o para hacerlo, necesariamente tendremos que hablar primero de la educación y de la Universidad.

Pero además de la relevancia de esta discusión, la sentencia con que introdujimos este papel se nos puede antojar más cruda aún, si nos ha puesto a pensar, especialmente a los profesores, en cuan corta o por lo menos mediana pueda ser nuestra estatura. Podríamos de pronto sentirnos algo incómodos y en embarazosa situación al escucharla. Pero seguramente no sin razón afirmaba ya hace cerca de 20 años el doctor José Félix Patiño, incomprendido reformador de la Universidad, lo siguiente:

"Tiene la Universidad una gran tarea: la de la transformación social, la de la erradicación del estancamiento económico, y todavía no ha dado ningún paso de significación hacia el logro de esta meta. Por el contrario se ha dicho que *las universidades latinoamericanas han adiestrado a un restringido grupo de dirigentes, cuya deficiente formación académica se refleja en sus escasas realizaciones en la vida pública*. Por ello, estas universidades tienen parte, y muy apreciable, de responsabilidad en la lentitud e inmadurez de la evolución social de nuestros pueblos"³.

Pero si la mayoría de nosotros somos el producto de esa realidad que señalaba Patiño hace 20 años, la situación hoy por hoy no es nada mejor. Seguramente ha empeorado. Hace 20 años aún no había tenido lugar la proliferación de universidades eminentemente profesionalistas y de discutible calidad que tenemos hoy en día. Hace 20 años se le trató de dar un debate a fondo al profesionalismo aberrante. Se trató de recuperar el universalismo. La verdadera universidad. Pero infortunadamente esta lucha fracasó. Qué somos pues hoy los hombres y mujeres colombianos que de pronto arrastrados por el afán torrencioso de superación y de supuesto "progreso" recibimos casualmente el título de economistas, o cualquier otro título? Somos científicos o académicos? ¿Somos profesionales?. O tal vez lo más relevante ¿Somos hombres cultos? Reflexionamos acaso sobre lo que exactamente hacemos en nuestras vidas y en nuestros trabajos? Como economistas? Y para qué?

3. José Félix Patiño "Hacia la Universidad del Desarrollo", Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1965, p. 20.

Dentro de que concepción de la naturaleza, la vida y la sociedad desarrollamos nuestras actividades? Cuál es nuestro proyecto? Cuál el destino que queremos para nuestro país y para las futuras generaciones?.

Ciertamente la economía colombiana no ha logrado superar una buena parte de los problemas estructurales que la afectan, pero de pronto nosotros sí podemos incurrir en el error de creer que nuestros problemas individuales como economistas están resueltos. Nos sentamos aquí, en este Congreso, cómodamente convencidos de que estamos cumpliendo. De que somos útiles. Invitamos a importantes representantes del Gobierno y de los gremios económicos. Ellos nos presentan sus puntos de vista, y escuchan atentos nuestras observaciones y sugerencias. Somos pues un gremio que agrupa a una importante disciplina o profesión, reconocida social e incluso legalmente, y por tanto nos sentamos muy seriamente a deliberar —entre otras cosas sobre el pensum—. Lo mismo que en cualquier país desarrollado. Pero estamos equivocados. Hemos construido —obviamente no solo los economistas— un país, una nación pero parece que con los cimientos muy endeblés. Nos movemos engolosinados en un edificio aparentemente moderno y lleno de luces. Pero en esa carrera de construir más y más pisos, en ese afán de “progresar” la estructura entera amenaza con derrumbarse. De pronto estamos “al borde del abismo” como diría nuestro último exrector de la Universidad Nacional a propósito de su crisis que no le es de ninguna manera exclusiva.

Que hemos progresado? En lo que llamamos el desarrollo económico tal vez sí. Nuestro ingreso per-cápita algo ha aumentado. Tenemos edificios y avenidas modernos, semaforización electrónica, computadores, confortables hoteles como en el que hoy estamos ...algunos colombianos, algunos economistas. ¿Pero hemos progresado en el dominio de nosotros mismos, en el conocimiento, conciencia y control de nuestra sociedad? De nuestra historia? ¿En la preservación y continuidad de nuestra cultura? ¿De la cultura universal? Seguramente tendremos que responder categóricamente que nó.

Pero los economistas sí creemos tener una respuesta al proyecto o destino de la sociedad: el desarrollo económico. Podría servirnos ésta de contentillo para que nos regocijemos sobre la importancia de la economía y de los economistas. Podríamos suponer de pronto que efectivamente constituimos una profesión respetable. Qué sabemos qué somos y para qué servimos como científicos o profesionales. Que somos por tanto más cultos e importantes de pronto que los que ejercitan otras profesiones y disciplinas. Podemos creer que tenemos más conciencia

que otros, —un Médico, un Ingeniero, o un Contador— sobre para donde vamos. Quién sabe?

En un simpático libro "Economía y Humor" el profesor de Harvard y economista agrícola John Kenneth Galbraith, nos decía sobre el desarrollo económico, algo que se me ocurre podría ser aplicado también al caso del pensum:

"Una de las generalmente simpáticas características del hombre es su capacidad de derrochar una gran cantidad de energía sin preguntarse apenas la razón... Pero, en ocasiones, puede ser útil preguntarse sobre los fines de cualquier esfuerzo costoso, y estoy convencido de que este es el caso del desarrollo económico. Desde hace unos veinticinco años, el mundo -el Este y Occidente, los capitalistas y los comunistas, los demócratas y los más demócratas (desde los tiempos de Hitler, ningún país se ha calificado de no democrático o antidemocrático)- está presiguiendo este desarrollo. Por su significación, aunque no siempre en la práctica desarrollo es un vocablo activo; implica movimiento hacia algún resultado. ¿Cuál debe ser este? Si no lo concretamos, existirá siempre el peligro de que alcancemos triunfalmente algún fin no deseado" ⁴.

No se trata aquí de discutir el papel de las teorías del desarrollo en la formación de los economistas, ni las exigencias que a estos se les pueden hacer para abordar con propiedad el problema del desarrollo. Claro que, adelantándonos a la exposición, se puede inferir que para estudiar este tema se requieren amplios conocimientos de historia, de filosofía y de política. Es decir se requieren economistas cultos. Pero por ahora se trata simplemente de una ilustración sobre los peligros del nominalismo: de abordar una discusión sin haber identificado claramente el problema; sin tener una concepción sobre lo que está detrás de las palabras y de los hombres que las utilizan.

Galbraith seguramente no se preocupó mucho por el perfil de los economistas agrícolas —tema sobre el que versó un reciente seminario en la ciudad de Santa Marta— y por ello llegó a convertirse en un eminente economista y profesor emérito de la Universidad de Harvard.

EL CIENTIFICISMO Y EL PROFESIONALISMO: A PROPOSITO DE LA ECONOMIA Y LOS ECONOMISTAS.

Debido entre otras cosas a nuestro nominalismo y reiterada falta de autenticidad, los economistas, todos los que recibimos un título

4. J.K. Galbraith. "Economía y Humor" Plaza y Janes, Barcelona, 1976, p. 36-37.

universitario, pretendemos primero que todo ser científicos. Pero en este punto hay que distinguir dos asuntos bien diferentes. Primero determinar si la economía es de verdad una ciencia. Segundo, en caso de obtener una respuesta afirmativa definir si todos, muchos, o solamente algunos de los economistas son o deben ser científicos.

Con respecto a la primera problemática no podemos aspirar a dar una respuesta definitiva en esta modesta exposición. Pero vale la pena referir algunas breves opiniones sobre el asunto. Arbitrariamente empecemos por el filósofo Mario Bunge, muy conocido en nuestro medio. En uno de los últimos libros de su prolífica producción "Economía y Filosofía"⁵ el profesor Bunge después de un profundo y "riguroso" análisis epistemológico, logrado a través de un cuestionario, concluye que "la economía política merece un cinco como ciencia en una escala de cero a diez".

Y posteriormente, después de algunos benévolos consejos nos asegura que "...si los economistas siguen los consejos impertinentes que acabo de darles, lograrán subir la calificación de su disciplina de un mero cinco a un ocho o acaso más: lograrán convertirla de la semiciencia que es hoy en una ciencia cabal".⁶

Por su parte T.W. Hutchison en su magnífico y recomendable libro "Conocimiento e Ignorancia en Economía"⁷ nos hace un pormenorizado recuento de las implicaciones que sobre esta materia de la científicidad de la economía se deducen o explicitan a partir de las concepciones de los tres más conocidos epistemólogos, filósofos e historiadores de la ciencia: Sir Karl Popper, T.S. Kuhn, e Imre Lakatos. Vale la pena enunciar una importante conclusión del optimista Popper que nos compete muy directamente:

"El éxito de la economía matemática muestra que cuando menos una ciencia social ha efectuado su revolución newtoniana"⁸.

Ciertamente según nos dice Hutchison al ser "...presentada como la más 'eficiente' o 'madura' de las ciencias sociales o humanidades, o como la 'más dura' de las ciencias 'blandas', la economía parece

5. Mario Bunge, "Economía y Filosofía", Tecnos, Madrid, 1982.

6. Ibid, p. 108.

7. T. W. Hutchison "Conocimiento e Ignorancia en Economía", Premia Editora, México. 1979.

8. Ibid, p. 83. Citado por

destinada a un lugar algo ambiguo y problemático en el espectro del conocimiento".⁹ Esto en algún sentido justificaría la gentil apreciación que Sir Karl tiene de nuestra disciplina.

No es mi propósito adentrarme en esta discusión y mucho menos defender el carácter científico que pudiese tener la economía, o su grado de desarrollo al tenor de los diversos parámetros contemplados por distintos epistemólogos para definir qué es y qué no es una ciencia. Realmente no creo que esta discusión sea relevante salvo que nos lleve a reflexionar sobre las características y limitaciones de nuestra disciplina, o a hacer algunas precisiones metodológicas sobre ella. Pero si creo que opiniones como la de Popper encierran una peligrosa concepción sobre los que a juicio de algunos, deben ser los derroteros por los cuales deberían transitar y desarrollarse las ciencias sociales sin importar que tan "duras" o "blandas" puedan ser. Me refiero al problema de la necesidad de exactitud de las ciencias. Al criterio y a la concepción de verdad que ilumina el desenvolvimiento de la ciencia moderna. Es preocupante, el encamisamiento al cual se quiere someter a nuestra útil o inútil disciplina: la economía. Pero más que esto último, nos debe preocupar el proyecto de sociedad y la interpretación de la verdad y de la ciencia que están en la base de este. ¡Actualmente: en la denominada época moderna!

Hutchison nos observa lo siguiente respecto a la economía y las ciencias sociales:

"Si se llama 'inmadura' a una ciencia, parece estar suponiéndose ya sea que más o menos inevitablemente, a su debido tiempo, y mediante algún proceso natural de 'maduración', o se volverá como la física -la ciencia supremamente 'madura'- o si esto no sucede o no parece estar sucediendo, algo debe andar mal: la materia está siendo mal manejada y el error puede corregirse siguiendo ciertas recetas filosóficas o metodológicas. Incluso parece sugerirse que posiblemente haya 'etapas de desarrollo' inevitables -para introducir un concepto historicista inevitable- por las que se debe pasar y se pasará en el desarrollo de las ciencias, como en el desarrollo de las economías.¹⁰

Y para donde va o debería ir ese desarrollo? Pues no gratuitamente es la economía la única ciencia social que se ha hecho acreedora al Premio Nobel, venerable institución de la época moderna. No sé a ciencia cierta cuando ni con qué argumentos se instituyó el Premio Nobel de Economía. Pero esas razones nos las podemos imaginar: "la

9. Ibid, p. 11.

10. Ibid, p. 41.

más dura de las ciencias blandas", la única con "revolución newtoniana" a bordo. Y no olvidemos que Popper hablaba específicamente de la economía matemática. Tal parece que no hay dudas sobre el punto. La economía se desarrollaría como ciencia en la medida que mejore su exactitud. Esto sería pues lo que definiría su "respetabilidad". No importa que la denominada "astrología social computarizada" o la "imagería social" según expresiones de Lakatos hayan demostrado su inocuidad en la práctica. No importa que la casi totalidad de los modelos matemáticos de la economía, entre más sofisticados, sean más inútiles. La economía y las ciencias sociales en general son forzadas a ponerse al servicio de lo que el desafortunadamente poco conocido en nuestro medio filósofo Alemán Martín Heidegger ha denominado el "proyecto exacto de la naturaleza".

Obviamente podemos caer en el error de pensar que la exactitud es connatural a la ciencia. De hecho pensamos así. Pero Heidegger nos advierte que esto no siempre ha sido así: "La ciencia griega nunca fue exacta, y ello porque en vista de su esencia no podía ser exacta y no necesitaba ser exacta". Sin embargo, para la ciencia moderna el rigor viene dado por la exactitud:

"Todos los procesos, si quieren entrar en la representación, como procesos naturales, tienen aquí que ser determinados como magnitudes de movimiento espacio-temporales. Tal determinación se realiza en la medición gracias al número y al cálculo. pero la investigación matemática de la naturaleza no es exacta porque calcula con precisión, sino tiene que calcular así porque la vinculación a su región de objetos tiene el carácter de la exactitud.

Por el contrario, tienen todas las ciencias del espíritu, aún todas las ciencias de lo vivo, precisamente para seguir siendo rigurosas que ser necesariamente inexactas. Es cierto que se puede concebir también lo vivo como una magnitud del movimiento espacio temporal, pero entonces ya no se capta lo vivo. Lo inexacto de las ciencias del espíritu históricas no es un defecto, sino solo el cumplimiento de un requisito esencial para esta especie de investigación. Empero, no solo resulta el proyecto y el afianzamiento de la región de objetos de las ciencias históricas de una especie diferente, sino que de logro mucho más difícil que la consecución del rigor de las ciencias exactas."¹¹

Así, tras el proyecto exacto del mundo, aparece la tecnología entendida ésta como uno de los productos más genuinos de la época moderna: "Esta conversión de la mirada, ésta opción por la prefiguración exhaustiva de lo real desde el signo, esta instalación en el campo teóricamente constituido y asegurado de lo posible, así como la

11. Martín Heidegger, "La Epoca de la Imagen del Mundo", en *El Ser y el tiempo*, pp. 31-32.

búsqueda sistemática de lo 'óptimo' dentro de ese campo de posibilidades caracterizan lo que merece el nombre de 'tecnología'¹². De esta manera, la vida de los hombres, sus pasiones, sus creaciones, las relaciones al interior de la sociedad, todo, termina en la época moderna puesto al servicio de la "conquista del mundo". De lo que los economistas a veces sin reflexionar mucho llamamos "progreso". No sobra pues que sobre nuestra disciplina, más que averiguar si es ciencia o semiciencia, pensemos en sí efectivamente debe estar en función de esa conquista del mundo, o debe más bien perfilar alternativas a la crisis inminente de dicho proyecto. De pronto nuestra poca exactitud e inmoderada capacidad especulativa sean buenas bases para ello.

Pero más preocupante, desde el punto de vista pedagógico, que definir que tan ciencia es la economía, es el pretender que todos o la mayoría de los economistas lleguemos a ser científicos. O según Bunge semicientíficos. Eso sí que sería una pretención torpe y fuera de tono. De hecho el científico es un hombre singular y extraordinario que se da casi por azar. La actividad que este hombre desarrolla como científico es la investigación. Pero investigación no es cualquier cosa. No es buscar datos ni hacer proyecciones sobre las finanzas del municipio de Chigorodó. O siquiera sobre las del Distrito Especial. Investigación en su sentido real, científico, implica una actitud inquisitiva y una forma de indagación muy particulares que llevan a plantearse nuevos problemas y a trabajar pacientemente hasta encontrar una solución. "En cuanto se ha arribado a ésta, todo lo demás que con esta solución se haga ya no es ciencia". No hay por tanto nada más absurdo que pretender que con un pensum se formen científicos. Ciertamente en las universidades se debe hacer ciencia, y esto favorece el que unos muy escasos estudiantes puedan desarrollar su vocación científica. Pero definitivamente no se puede pretender en la Universidad formar exclusiva o prioritariamente científicos. Los científicos no se forman sino se hacen ellos mismos por circunstancias muy especiales, y ojalá, eso si en un ambiente favorable que sí debe proporcionar la Universidad. Pero además de lo anterior, la sociedad no requiere de tantos científicos como a veces se piensa. La sociedad si requiere de bastantes profesionales. Pero, tal vez lo más importante, lo que la sociedad requiere en la mayor cantidad posible, es de muchos, muchos hombres cultos.

Aclaremos mejor el asunto, y para ello bien vale la pena acudir al extraordinario ensayo de José Ortega y Gasset "Misión de la

12. Antanas Mockus, "Ciencia, Técnica y Tecnología" en *Naturaleza* No. 3, Fundación de Educación y Ciencia, Bogotá, 1983, pp. 22-23.

Universidad"¹³. Se requiere inicialmente la: "resolución de no querer confundir tres cosas que son de sobra diferentes: cultura, ciencia y profesión intelectual. Evitemos que todos los gatos se nos vuelvan pardos, porque ello acusaría en nosotros un immoderado apetito de nocturnidad"¹⁴.

En efecto; añade Ortega: "La enseñanza Superior consiste pues en profesionalismo e investigación. Sin afrontar ahora el tema, anotemos de paso nuestra sorpresa al ver juntas y fundidas dos tareas tan disparas. Porque no hay duda: ser abogado, juez, médico, boticario, profesor de latín o de historia en un instituto de segunda enseñanza son cosas muy diferentes de ser jurista, fisiólogo, bioquímico, filólogo, etc. Aquellos son nombres de profesiones prácticas, estos son nombres de ejercicios puramente científicos. Por otra parte, la sociedad necesita muchos médicos, farmacéuticos, pedagogos; pero solo necesita un número reducido de científicos"¹⁵.

Así, si se supone que sabemos, más o menos aproximadamente, qué es hacer ciencia y aceptamos en gracia de la brevedad que no todos ni la mayoría de los economistas somos de hecho, ni debemos aspirar a ser científicos, bien podríamos pensar que por lo menos si somos una profesión respetable y floreciente. Pues bien, aceptamos por ahora y solo provisionalmente que sí sabemos que es una profesión, y que los economistas —tal cómo insistimos a veces— sí somos unos profesionales.

Pero ¿qué clase de profesionales somos? ¿Qué tan capaces? Ortega y Gasset nos pone en guardia no sólo contra el pretendido científicismo, sino también y muy especialmente contra algo peor: el profesionalismo. Se pensará, que estoy siendo demasiado escéptico y destructivo. Pero a riesgo de volverme demasiado impopular quiero explicar mi posición recurriendo para ello a una extensa cita de Ortega y Gasset:

"¿No es la enseñanza superior más que profesionalismo e investigación? A simple vista no descubrimos otra cosa. No obstante, si tomamos la lupa y escrutamos los planes de enseñanza, nos encontramos con que casi siempre se exige al estudiante, sobre su aprendizaje profesional y lo que trabaje en la investigación, la asistencia a un curso de carácter general -Filosofía, Historia.

13. José Ortega y Gasset, "Misión de la Universidad", en *Misión de la Universidad y otros Ensayos sobre Educación y Pedagogía*, Alianza Editorial Madrid, 1982.

14. *Ibid.*, p. 54.

15. *Ibid.*, p. 33.

No hace falta aguzar mucho la pupila para reconocer en esta exigencia un último y triste residuo de algo más grande e importante. El síntoma de que algo es residuo -en biología como en historia- consiste en que no se comprende por qué está ahí. Tal y como aparece no sirve ya de nada y es preciso retroceder a otra época de la evolución en que se encuentra completo y eficiente lo que hoy es sólo un muñón y un resto. La justificación que hoy se da a aquel precepto universitario es muy vaga: conviene -se dice- que el estudiante reciba algo de "cultura".

'Cultura general'. Lo absurdo del término, su filisteísmo revela su insinceridad. 'Cultura', referida al espíritu humano -y no al ganado o a los cereales- no puede ser sino general. No se es "culto" en física o en matemáticas. Eso es ser sabio en una materia. Al usar esta expresión de "cultura general" se declara la intención de que el estudiante reciba algún conocimiento ornamental y vagamente educativo de su carácter o de su inteligencia. Para tan vago propósito tanto da una disciplina como otra dentro de las que se consideran menos técnicas y más vagarosas: ¡vaya por la filosofía, o por la historia, o por la sociología!

Pero el caso es que si brincamos a la época en que la Universidad fue creada -Edad Media- vemos que el residuo actual es la humilde supervivencia de lo que entonces constituía, entera y propiamente la enseñanza superior.

La Universidad medieval no investiga: se ocupa muy poco de profesión, todo es... "cultura general" -teología, filosofía, "artes".

Pero eso que hoy llaman "cultura general" no lo era para la Edad Media; no era ornato de la mente o disciplina de carácter; era, por el contrario, el sistema de ideas sobre el mundo y la humanidad que el hombre de entonces poseía. Era, pues, el repertorio de convicciones que había de dirigir efectivamente su existencia.

La vida es un caos, una selva salvaje, una confusión. El hombre pierde en ella. Pero su mente reacciona ante esa sensación de naufragio y perdimiento: trabaja por encontrar en la selva "vías" "camino", es decir: ideas claras y firmes sobre el Universo, convicciones positivas sobre lo que son las cosas y el mundo. El conjunto el sistema de ellas es la cultura en el sentido verdadero de la palabra; todo lo contrario, pues, que ornamiento. Cultura es lo que salva del naufragio vital, lo que permite al hombre vivir sin que su vida sea tragedia sin sentido o radical envilecimiento".¹⁶

Cultura, lo que más nos falta a profesionales y científicos, lo que más se nos olvida cuando hablamos del pensum, no es sino nada menos que "el sistema vital de las ideas de cada tiempo". Carecer de ella no nos permite vivir "a la altura de los tiempos... a la altura de las ideas del tiempo". Pero comprende nuestra actual Universidad estos problemas? Nuestro mismo autor responde:

16. Ibid, pp. 34-35.

"Comparada con la medieval, la Universidad contemporánea ha complicado enormemente la enseñanza profesional que aquella en germen proporcionaba, y ha añadido la investigación, quitando casi por completo la enseñanza o transmisión de la cultura.

Esto ha sido evidentemente una atrocidad. Funestas consecuencias de ello que ahora paga Europa. El carácter catastrófico de la situación presente europea se debe a que el inglés medio, el francés medio, el alemán medio son incultos, no poseen el sistema vital de ideas sobre el mundo y el hombre correspondientes al tiempo. Ese personaje medio es el nuevo bárbaro retrasado con respecto a su época, arcaico y primitivo en comparación con la terrible actualidad y fecha de sus problemas. Este nuevo bárbaro es principalmente el profesional, más sabio que nunca, pero más inculto también -el ingeniero, el médico, el abogado, el científico".¹⁷

Y no se olvide que estas palabras fueron dichas en 1930, en las puertas de la guerra civil española, y en la antesala de la espantosa segunda guerra mundial. Qué consecuencias pagará este país; Colombia, a finales del siglo XX por la malformación de su Universidad?

De esta manera si no somos científicos, y si como profesionales somos los nuevos bárbaros, entonces ¿qué somos o qué debemos ser?.

Nos preguntamos en este congreso sobre cual es o debe ser el perfil del economista. Pues bien, yo me permitiría invitarlos a ustedes a que reflexionemos antes, y más bien, en ¿cuál es el perfil del hombre que queremos formar? en ¿Cuál debe ser el perfil de un hombre culto, de un profesional culto en nuestra época? Porque definitivamente no se puede aspirar a pertenecer a la élite dirigente de cualquier país sin tener una idea clara de a donde ha llegado el mundo contemporáneo. De cual es el estado actual de la ciencia. De cuáles son sus principales problemas.

"Cuando se piensa que los países europeos han podido considerar admisible que se conceda un título profesional, que se dé de alta a un magistrado, a un médico -sin estar seguro de que ese hombre tiene, por ejemplo, una idea clara de la concepción física del mundo a que ha llegado hoy la ciencia y del carácter y límite de esta ciencia maravillosa con que se ha llegado a tal idea-, no debemos extrañarnos de que las cosas marchen tan mal en Europa... Puede uno ignorarla, sin que esta ignorancia implique ignominia ni desdoro ni aún defecto, a saber: cuando se es un humilde pastor en los pueblos serranos o un labrantín adscrito a la gleba o un obrero manual esclavizado por la máquina. Pero el señor que dice ser médico o magistrado o general o filósofo u obispo -es decir, que pertenece a la clase directora de la sociedad-, si ignora lo que es hoy el cosmos físico para el hombre europeo es un perfecto bárbaro, por mucho que sepa de sus leyes, o de sus menjunjes, o de sus santos padres".

17. Ibid, pp. 36-37.

“Quien no posee la idea física (no la ciencia física misma, sino la idea vital del mundo que ella ha creado), la idea histórica y biológica, ese plan filosófico, no es un hombre culto. Como no esté compensado por dotes espontáneas excepcionales, es sobremanera inverosímil que un hombre así pueda en verdad ser un buen médico o un buen juez o un buen técnico. Pero es seguro que todas las demás actuaciones de su vida o cuanto en las profesionales mismas trascienda del estricto oficio, resultarán deplorables. Sus ideas y actos políticos serán ineptos; sus amores, empezando por el tipo de mujer que preferirá, serán extemporáneos y ridículos; llevará a su vida familiar un ambiente inactual, maniático y mísero, que envenenará para siempre a sus hijos, y en la tertulia del café emanará pensamientos monstruosos y una torrencial chabacanería”.¹⁸

Por su parte ningún profesional en Colombia, ni en ninguna parte, podrá ejercer su profesión con el decoro, la eficiencia y la responsabilidad que ello exige, si no conoce la historia del país, la formación y el estado de sus instituciones, en fin, si no conoce los problemas, retos y desafíos más actuales que se plantea o debe plantearse la sociedad en la que vive. Esto es aún más cierto en aquellos casos en los que las acciones, conceptos o recomendaciones que surgen del ejercicio de una profesión o actividad intelectual, no sólo involucran gran cantidad de variables de diferente naturaleza, sino que además afectan de una manera notable a un amplio conglomerado social de una manera tal que puede en ocasiones determinar su propia supervivencia. En este sentido algo va del caso de un físico, un político o incluso un economista, al de un dentista, un contador o un boticario.

En consecuencia, un economista que sea sobre todo un hombre culto, que tenga clara idea de su tiempo, de su espacio y sociedad en la que vive siempre será un buen economista, pero un economista inculto no pasará nunca de ser un mediocre, y obviamente jamás será un buen profesional, si a eso es a lo que aspira. En su caso no sólo es deseable que sea culto. Es imprescindible.

Así, entre la poca auténtica e insulsa alternativa del cientificismo y el profesionalismo, la cultura ha sido relegada al último cajón de la cada vez menos importante y más desnaturalizada institución que es hoy la Universidad. La cultura y la erudición, que fueron la base primaria y la naturaleza misma de la Universidad tienden a desaparecer en el marasmo de burdas facultades profesionales, de oferta excesiva de estudios nocturnos de discutible condición universitaria, de consolidación vacua de la denominada “tecnología educativa”. He ahí la encrucijada de la Universidad contemporánea.

18. Ibid, p. 38.

Pero el problema de la Universidad no es solo de calidad. Es sobre todo de concepción. Por ello vale la pena terminar esta discusión con las siguientes tremendas sentencias de Heidegger que describen crudamente las tendencias de la ciencia y la Universidad contemporáneas como producto de la creciente aculturización:

"Una investigación histórica o arqueológica que funciona mediante Institutos, está más cerca de una investigación física montada en la forma correspondiente que de una disciplina en su misma Facultad de ciencias del espíritu que ha quedado rezagada aún en la simple erudición. El decisivo desenvolvimiento del carácter de servicio de la ciencia moderna acuña por ello otro tipo de hombres. El sabio erudito desaparece. Es reemplazado por el investigador, que está en empresas investigatorias. Estas y no el cultivo de la erudición dan la tónica a su trabajo. El investigador ya no necesita más en su casa de una biblioteca. Por lo demás siempre está de viaje. El negocia en conferencias y se instruye en congresos. Se ata a encargos de editores. Estos participan ahora en la determinación acerca de qué libros deben ser escritos.

El investigador tiende de por sí, necesariamente, al ámbito de la figura del técnico en su sentido esencial. Sólo así sigue siendo capaz de actuar y, con ello -en el sentir de su época-, verdaderamente real. A su lado puede sostenerse, por algún tiempo más y en algunos lugares, el romanticismo de la erudición -que se hace cada vez más magra y vacía- y de la Universidad".¹⁹

LA CRISIS DE LOS ECONOMISTAS

Se ha hablado mucho de la "crisis de la economía". Algunos no creen que ésta sea tan grave. Por ello, sólo puedo aquí remitirlos a algunas reflexiones recientes sobre ese tema. Me refiero a los sugestivos ensayos de los profesores Jesús Antonio Bejarano y Homero Cuevas titulados "Los límites del Conocimiento Económico y sus Implicaciones Pedagógicas" y "Obstáculos en el aprendizaje de la Teoría Económica"²⁰. En ambos, con más autoridad que la que yo pueda alguna vez tener sobre estas materias, se discute a fondo la supuesta "crisis de la teoría económica". Me limitaré, pues a referirme a otra crisis de pronto tan importante como la anterior: la de los economistas.

Volvamos pues a una de nuestras inquietudes originales ¿Qué somos entonces y finalmente los economistas? ¿Qué hacemos y para que

19. M. Heidegger, op. cit., pp. 31-32.

20. J. A. Bejarano, "Los límites del Conocimiento Económico" en *Revista Cuadernos de Economía* No. 6, Universidad Nacional, y H. Cuevas "Obstáculos en el aprendizaje de la Economía", Mimeógrafo, Universidad Nacional.

servimos? Anteriormente habíamos aceptado provisionalmente que sí eramos unos profesionales. Pero ¿qué es una profesión?. Pues una profesión es simplemente una ocupación o un oficio. Particularmente, las profesiones que se enseñan y aprenden en las universidades se les llama profesiones intelectuales, obviamente en razón del peso que dicha actividad —la intelectual— tiene dentro de la actividad normal de ciertas ocupaciones. Además, como es lógico, este tipo de profesiones intelectuales requieren en general de un gran apoyo de Teorías científicas y de un cierto acervo cultural, según ya dijimos. Con ello, se diferencian claramente las ocupaciones producto de la formación tecnológica o universitaria, de otra gran gama de ocupaciones predominantemente manuales o que involucran procesos intelectuales demasiado simples.

¿Tenemos pues los economistas una ocupación u oficio claramente definido?.

Algunos expertos en educación insisten en que hay que diferenciar entre profesiones prescindibles y profesiones imprescindibles. Es obvio que la medicina e incluso el derecho son imprescindibles. Pero la economía? La mayoría de las profesiones intelectuales imprescindibles tienen un estatuto legal que regula y limita su ejercicio. Se considera inaceptable que alguien ejercite la medicina sin haber aprobado satisfactoriamente el plan de estudios de esta profesión en una universidad reconocida. Está en juego la vida del paciente. Caso similar sucede con el derecho: es inaceptable que un inocente sea condenado por culpa de deficiencias que en su formación pueda tener el abogado que lo defiende. Igual caso sucede con el ingeniero que puede provocar una desgracia por haber hecho mal cálculo de unas estructuras. Todos esos oficios son pues útiles e imprescindibles. Pero para que somos imprescindibles los economistas? Tenemos ciertamente regulada legalmente nuestra profesión. Pero nosotros no tenemos que firmar planos ni calcular estructuras. Tampoco tenemos que dar fé de balances ni nada por el estilo. Si se derrumba la economía colombiana por alguno de nuestros consejos nadie nos va a pedir cuenta de ello y tampoco se van a entablar acciones administrativas y mucho menos penales en nuestra contra. Dirán algunos que en el caso de los famosos estudios de crédito, sobre los cuales se han establecido tarifas, los economistas si avalan algo. Pero realmente no se conocen demandas contra quienes hayan realizado mal estudios de crédito o contra quienes hayan dado concepto positivo a un proyecto de factibilidad que luego pudiese haber fracasado estruendosamente.

No quiero con lo anterior dar la impresión de que los economistas que ejercen la consultoría económica, no son útiles, o menos que nunca

aciertan. Sí son algunas veces útiles y a veces aciertan. Pero me he referido a quienes ejercen la consultoría económica, es decir a los que ayudan a otros a tomar decisiones y a asignar lo mejor posible unos recursos. No me refiero al conjunto ni inclusive a la mayoría de los economistas. Entre otras cosas creo que la mayoría de nuestros planes de estudio de economía, si bien dan bases que facilitan un ejercicio responsable de la consultoría económica, no tienden prioritariamente a formar consultores.

De hecho la mayoría de los economistas trabajamos en cosas bastante disimiles, diferentes a la consultoría económica. Unos son empresarios —los mejores no son economistas— otros profesores, otros analistas financieros, otros recolectores de estadísticas o diseñadores de encuestas, y la gran mayoría, dejando de lado a los desempleados, son simplemente oficinistas, burócratas, que desempeñan en el sector público y privado funciones administrativas disimiles, y muchas veces no claramente definidas.

De esta manera, bien podríamos decir que buena parte de nuestros programas de economía tienden a formar planificadores, o asesores de política económica al más alto nivel. Pero desafortunadamente de estos se requieren muy pocos.

Se preguntarán entonces ustedes con toda la razón ¿En qué estamos finalmente? Si los economistas no somos científicos, ni la economía es una profesión entonces ¿Qué somos nosotros? Pretendíamos ser profesionales (es decir útiles en su oficio particular), científicos e incluso hombres cultos. Y de pronto no somos ninguna de esas cosas. De pronto sólo somos el producto de la imitación que se produjo en nuestras instituciones de educación superior, con algún retraso pero sin ninguna reflexión, toda suerte de estudios, disciplinas y profesiones que fueron apareciendo en cualquier confin del denominado mundo desarrollado.

En este sentido considero sólo parcialmente válida la conocida exhortación comparativa de Keynes de que "si los economistas pudieran arreglárselas para que se piense de ellos que son gente humilde y competente, en un mismo nivel con los dentistas sería espléndido". Y la considero solo parcialmente válida porque a mi juicio sólo es aplicable a los consultores económicos y a los planificadores y asesores del gobierno. Además creo que el comparar a los economistas con los dentistas u odontólogos se incurre en el mismo error de contexto que al comparar en nivel de gran cercanía de metodología y naturaleza la física y la economía.

Lo que si creo, para dar finalmente alguna opinión positiva es que la economía puede estar al mismo o similar nivel que otras disciplinas básicas como la filosofía, la historia, la física, la bioquímica o las matemáticas. Todas estas disciplinas científicas, semicientíficas o como se las quiera llamar no son profesiones u oficios en un sentido estricto. No lo son en el sentido en que lo son la medicina, la ingeniería o la contabilidad por ejemplo. Son por el contrario, las bases que alimentan a estas últimas. Y esto debería ser de pronto un motivo de orgullo de la economía y de los economistas, si es que necesitamos de ello. Obviamente se puede decir que quienes investigan o especulan en matemáticas, física o filosofía —no quienes la enseñan— tienen como profesión y oficio, sus respectivas disciplinas. Es cierto, pero lo es en un sentido diferente al de una profesión institucionalizada y socialmente útil en el sentido de inmediatez y eficiencia.

Así, como ocupaciones, la física, la biología y la economía están al mismo nivel que ciertos y miles de oficios especializados que ejercen a veces sólo muy pocos individuos en una sociedad. Y estas miles de ocupaciones bastante particulares y específicas no requieren de ningún tipo de regulación para su ejercicio. De hecho la filosofía, y las ciencias no son ni pueden, ni deben aspirar a ser reguladas en el sentido en que lo son la medicina, la ingeniería o la contabilidad.

Surge aquí una última inquietud. Como podrá observarse al mirar estadísticas, la sociedad o mejor las instituciones de educación superior forman apenas unos cuantos físicos, biólogos, o historiadores. ¿Por qué se forman entonces tantos economistas? Creo que esta es una razonable preocupación de muchos. Hay tres respuestas para esta pregunta. Una la de que los estudios de economía, a diferencia de los de filosofía o física, proporcionan de alguna manera una gama de conocimientos básicos más extensamente aplicables que los provistos en estas últimas. En otras palabras ofrecen una gran versatilidad. Como todas las empresas o instituciones tienen así sea en última instancia algo que ver con la economía, cualquiera que tenga unos conocimientos básicos de ésta, y de las técnicas que la apoyan, podrá con algún perfeccionamiento especializado desempeñarse en muy diversas actividades. Una segunda respuesta tiene que ver con el origen de los estudios de economía en Colombia. En un primer momento, el economista era lo que comúnmente se denomina un "todero". Se desempeñaba como administrador de negocios, contador, mercadotecnista, y en otra serie de oficios. Esto favoreció la proliferación la de facultades o mejor carreras de economía y obviamente también la demanda de este tipo de estudios. Sin embargo, con el desarrollo de estos otros oficios y disciplinas (administración, contaduría, etc.) al nivel de carreras de

educación superior, los nuevos egresados de estas florecientes especialidades han desplazado a los economistas desde el punto de vista ocupacional.

La última razón es la más simple y puede expresarse en términos muy económicos. Se trata de la inelasticidad de la oferta que se da en los cupos para la economía, y en general para casi todas las carreras de nuestro sistema de educación superior. Obviamente las carreras de economía se multiplicaron en una época en virtud de la alta demanda de este programa. También crecieron al igual que otras carreras gracias a los bajos costos que tiene implementar programas de este tipo: se limitan a alquilar una casa vieja, contratar un decano y varios profesores de cátedra y en el mejor de los casos adecuar un remedo de biblioteca.

Lo cierto es que al bajar la demanda por estudios de economía, en términos relativos, la oferta no se tiene porque restringir y por tanto a lo sumo se estanca. Vale la pena reseñar en este punto que por primera vez, en los Exámenes de Estado del ICFES de septiembre de 1984, la economía con 2155 aspirantes en primera opción, dejó de pertenecer a la lista de las 25 carreras de mayor preferencia. Pero para el primer semestre de 1985 se ofrecerán sin embargo 3229 cupos. Qué sucederá? Pues simplemente que existe el fenómeno de la multiinscripción con un multiplicador calculado por el ICFES en 2.03 el cual se traduce en que muchos de los demandantes del programa de economía lo tendrán en segundo y tercer nivel de preferencia. En suma para 1985 además de que se admitirán todas las solicitudes que se inclinan preferencialmente por nuestra disciplina, una tercera parte de los admitidos por lo menos, pertenecerán a los de la categoría que estudian algo "por no dejar".

Todo lo anterior significa que el país seguirá produciendo aproximadamente 1.800 economistas cada año. Así, de mantenerse las actuales tendencias, la competencia, que podría ser la preocupación de algunos, seguirá "agravándose". Pero lo realmente grave de la disminución de la demanda, recaerá sobre los hombros de los que por vocación o fuerza de las circunstancias nos dedicamos a enseñar o mejor a "ayudar a aprender" economía. El bajo "índice de rechazo" en los programas de economía, sólo superior en los de ciencias de la educación, y el escaso número de aspirantes genuinos, se está traduciendo ya en una disminución notoria en la calidad y entusiasmo promedio de los estudiantes admitidos. Pero en fin, estos son los abatares de la denominada "democratización de la escuela" que es tema de otra discusión.

POR ULTIMO: EL PENSUM

Tenemos pues que terminar nuestra seguramente demasiado tediosa exposición con unas breves observaciones acerca de nuestro famoso pènsum.

Para 1974, el programa de la carrera de economía de la Universidad Nacional consistía en un híbrido de materias de economía, administración, contabilidad e incluso algo de mercadotecnia. La teoría económica se limitaba por entonces a un romo recorrido de los textos muy de moda en la mayoría de universidad norteamericanas. En 1975, en buena medida gracias al entusiasmo y empeño del profesor Salomón Kalmanovitz, se produjo un cambio relativamente radical en nuestro programa. En síntesis tal reforma consistió en reducir drásticamente el número de asignaturas, en recuperar para la Teoría económica la lectura relativamente intensiva de sus fuentes originales (Keynes, Marx, Ricardo) y en hacer un mayor énfasis en el área de la historia. A nivel metodológico, se trató de generar al máximo una actitud crítica y en desarrollar el hábito de la escritura.

Hoy diez años después de nuestra última reforma, casi todos estamos de acuerdo en que ésta ha dado frutos positivos, o al menos constituyó un avance o una mejoría. Sin embargo desde hace 5 años empezamos a hablar de una nueva reforma. La fuerza de la costumbre nos obliga recurrentemente a volver al tema del pènsum.

Quiero referir aquí sólo en líneas gruesas algunas de nuestras ideas y preocupaciones actuales. En primer, término es notoria la necesidad de estructurar la parte terminal de la carrera mediante secuencias de materias que faciliten una o máximo dos especializaciones (P. ej.: Economía Agraria, Urbana, Industrial o incluso Teoría Pura). Un segundo punto es el referente al área matemática en la cual debe privilegiarse claramente el aspecto conceptual sobre el operativo. Desafortunadamente las posibilidades en este campo dependen de la concepción y costumbres de quienes enseñan matemáticas.

Un tercer elemento, tiene que ver con la posibilidad de introducir una mayor flexibilidad a la Teoría económica. En la actualidad nuestro programa está amarrado a ciertos autores clásicos —en un sentido general. Se busca básicamente variar periódicamente el estudio intensivo de diferentes pensadores económicos importantes, sin perder la debida atención del conjunto de las más relevantes teorías económicas. Esto permitirá especialmente a los profesores explorar a fondo otras líneas de pensamiento económico.

Nuestra última preocupación, es la que tiene que ver con los denominados cursos de cultura general comprendidos dentro de lo que en nuestro programa llamamos electivas básicas. Algo nos preocupa sobre ellas, y nuestra etérea percepción de que algo anda mal con ese frente nos ha llevado apresuradamente a proponer como solución la duplicación del número de materias de esta área.

Pero si hay algún problema verdaderamente grave en nuestro plan de estudios definitivamente está en este último punto. Seguimos tratando la cultura como un residuo. Como un adorno que debe estar ahí sin que sepamos claramente porque. Nos preocupamos por determinar que es lo que se debe enseñar de teoría económica y cuál es la secuencia más lógica que deben tener las materias de esa área con el fin de producir un economista medianamente apto, y en ocasiones nos alimentamos la vana ilusión de formar científicos. Pero la cultura? Pues simplemente que los estudiantes escojan por ahí algunas de esas materias que se ofrecen y que caben dentro de la "filisteamente" denominada "cultura general". La cultura pues no tiene plan ni requerimientos mínimos. Simplemente son unos cursos sueltos que se le pegan por los lados a la "estructura formación económica". Cada día me convenzo más de que vamos a tener que intensificar con mucha más decisión los cursos de filosofía, de sociología de historia y de ciencia política. Pero no solamente esos, seguramente también vamos a tener que incluir cursos de física y de biología, o por lo menos materias generales que den cuenta del estado actual y de los principales problemas de la ciencia actual. Se que muchas de estas ideas podrán parecer estrambóticas. Pero, o somos capaces de proporcionar a nuestras futuras clases directoras de una visión global medianamente aceptable del mundo contemporáneo y de nuestra sociedad actual, o seguiremos dando golpes de ciego hasta enfrentarnos al abismo. Tal vez el problema no lo podamos afrontar mediante un nuevo diseño curricular, o la impresión de los estructurados programas de algunas materias. De pronto tendremos que preguntarnos primero a nosotros mismos que tan capaces seremos de enfrentar estos retos. Los pequeños y los grandes. Los del pensum y los de la sociedad colombiana. En fin, debemos preguntarnos muy especialmente, nosotros ¿Qué tan a la altura de los tiempos estamos? Seremos capaces de formar no ya a los científicos pretenciosos ni a los solemnes profesionales, sino a los hombres medios que masivamente golpean a las puertas de nuestras universidades para estudiar economía o cualquier otra cosa? Seremos capaces de prepararlos para que enfrenten con responsabilidad y competencia los problemas grandes y pequeños que afronta la sociedad colombiana y los cambios de fondo que esta exige? Hoy tenemos al frente el problema de la paz, de la tregua, del diálogo nacional. O somos

capaces de manejar este proceso o tendremos que enfrentarnos a una guerra civil. Tenemos acaso clara conciencia de lo que está en juego? ¿Tenemos los economistas algo preciso que decir sobre las reformas que requiere el país para no precipitarse en el caos? En las postrimerías del siglo XX el país está al borde de salirse de las manos. De las manos de nosotros, los que recibimos educación y que mucha o poca, tenemos alguna responsabilidad sobre lo que pasa. Pero estamos a punto de perder el control de nuestra historia, de nuestra realidad y de nuestro destino. Podremos ser capaces de evitarlo? Ahí tendremos la respuesta sobre la utilidad de los economistas, y sobre la validez de la educación que hoy proveemos.

Queremos reformar el Pénsum? Pues para hacerlo tendremos que pensar seriamente en cual es nuestra concepción de la educación. Y ello nos llevará necesariamente a precisar nuestra concepción del hombre y de la sociedad, y aún más, primero, nuestra concepción del universo.

Quiero pues terminar con una idea del mismo autor con que se iniciaron estas reflexiones y que sintetiza todo lo aquí dicho:

"Se comete, por lo tanto, un grave error cuando se pretende reformar la educación como se se tratase de un problema meramente técnico, y no el resultado de la concepción del hombre que sirve de fundamento, de esos presupuestos que la sociedad mantiene acerca de su realidad y su destino y que, de una manera u otra, definen una manera de vivir y de morir, una actitud ante la felicidad y el infortunio. Presupuestos elaborados por teólogos, filósofos, y por esos intuitivos que a través del arte exploran la condición del hombre conmoviendo y transformando sus estratos más misteriosos.

De este modo, la educación no se lleva a cabo en abstracto, ni es válida para cualquier época o civilización, sino que vale en concreto, se hace con vistas a un proyecto de ser humano y de comunidad: Esparta no puede imponer la misma educación que Atenas, ni los estados totalitarios la misma que las democracias. Ante todo, esos presupuestos señalan qué es lo que se quiere de un pueblo y con qué fines hay que educarlos: si para lograr guerreros o humanistas, si para producir verdugos o seres respetuosos de sus semejantes."²¹

21. Ernesto Sábato. "Educación y Crisis del hombre", en *Apologías y Rechazos*, op. cit. p. 96.